Había una vez una princesa que todo lo que deseaba, sus padres, los reyes, se lo daban.

¡Quiero más juguetes! decía la princesa cada vez que recibía uno. Tenía muchísimos y con ninguna jugaba.

Un día se fue a pasear por el jardín, se fue alejando y se perdió. Llorando y muy asustada andó así que se hizo de noche. De repente vio una luz de una casa, se acercó y tocó a la puerta. La familia de pastores que vivía en la casa no la creyeron cuando les dijo que era la hija de los reyes, porque tenía la ropa sucia, el pelo despeinado y la cara manchada. Los pastores tenían un hijo que les ayudaba con las tareas de la casa. La princesa se quedó con ellos y se fue acostumbrando a la humilde vida de los pastores. Pasaron los años y la princesa se dio cuenta que no necesitaba tantas cosas para
ser feliz, sino amor y cariño.

Cuando ya tenía 16 años, estaba a la puerta de su casa cantando una canción que su madre se lo cantaba de pequeña. La reina, que pasaba por allí en su caleco, la oyó y reconoció a su hija. La princesa volvió con sus padres, pero no se olvidó de su otra familia. Cuando cumplió 18 años se casó con el hijo de los pastores que le habían enseñado ser humilde y sencilla.

Y así reinaron felices y comieron perdices.

FIN...